

PORVENIR
La cultura en la
post pandemia

Paula Hernández



Argentina 1969. Directora/ Guionista/ Productora. Es egresada de la Universidad del Cine de Buenos Aires, fue becaria del Berlinale Talent Campus, y ha recibido fondos de Visions Sud Est Fund, Global Film Initiative, Equinoxe TBC, Berlinale Co-production Market, Programa Ibermedia, Fondo Nacional de las Artes.

Con su primer largometraje, *Herencia* (2001) obtuvo entre otros galardones el Premio Ópera Prima en el Concurso Nacional de Óperas Primas del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales de Argentina (INCAA). *Lluvia* (2008) ganó el Premio Especial del Jurado y el Premio a la Mejor Actriz en el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva y Mejor Película en Mannheim Film Festival.

Los sonámbulos tuvo su premiere mundial en TIFF (Platform Competition), y fue seleccionada entre otros para el Festival de Cine de San Sebastian (HL), AFI Fest, Chicago International Film Festival, y Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, en donde recibió el Premio Coral a la Mejor Película, Mejor Guión y Mejor Actriz.

Érase una vez...

“Érase una vez, en días pasados, las personas vivían de una forma muy diferente a la actual. Ya sea mejor o peor, nadie puede decirlo. Pero luego todo cambió el día en que el hombre vio por primera vez su reflejo”.

A modo de prólogo y con esas palabras empieza *Svyato*, la película de Víctor Kossakovsky. Vi esas imágenes por primera vez cuando el mundo era colectivo y cercano. Fue durante un Bafici y recuerdo una sala colmada de espectadores sumergidos en la oscuridad mientras la luz de la pantalla nos iluminaba con aquella pequeña experiencia rusa. Recuerdo también que la emoción que me produjo el final de la historia, hizo que mi compañero de butaca me pasara su pañuelo (ide tela!) para secarme las lágrimas.

Hoy nada de eso sería posible.

Llevamos ocho semanas de cuarentena oficial, aunque podría agregar unos días más a mi calendario pandémico desde que se suspendieron las clases. El 16 de marzo empezó mi primer aislamiento social. Encerrada en mi casa. En familia. Ocho semanas son 56 días o 1344 horas, pero los números no alcanzan para caracterizar, en este tiempo sin tiempo que a veces corre rápido y otras, lento, la emocionalidad con la que atravieso este confinamiento.

Soy claustrofóbica pero para contrarrestar, también soy una persona optimista que le suele imponer voluntad a las fobias más feroces. Al inicio de todo esto,

me autoconvencí de que este momento excepcional podía ser de un gran desafío personal.

Como un viajero que arma su bitácora, diseñé un plan de actividades. Entre lavandinas y alcohol en gel, habría tiempo no solo para desinfectar con obsesión, sino también para pensar, leer, escribir, buscar ideas para futuras películas, ver filmes de otros, filmar mi cotidiano. Hacer yoga con regularidad, hacer gimnasia como una confinada resistente, hacer jardinería, hacer limpieza todos los días, hacer con mi hija su tarea escolar. Ser buena madre y ser buena hija. También ser buena pareja. Ordenar libros, papeles, ropa, vajilla, juguetes... ¡Uff!

El plan ideal de este exceso de productividad fracasó hacia a la tercera semana, o más bien fue mutando como mutan los virus. Lo única actividad que logró preservarse con continuidad fueron las películas. Una o dos por día. La cultura salva, dicen algunos. ¿Salva?

Vuelvo a *Svyvato*. Para quienes no la han visto, el realizador interviene la intimidad familiar, retratando el momento en que un niño de dos años se reconoce a sí mismo frente a un espejo. La película concluye con esa escena, pero hasta llegar ahí, el hijo atraviesa una paleta de emociones frente a la imagen desconocida que se desdobra ante sus ojos. Kossakovsky diseña una puesta en escena de la espera y como un cazador ante la presa, resiste paciente hasta que se produce el acontecimiento. Es sabido que este es un proceso visceral por el que atravesamos todos los seres humanos ante ese instante fundante de soledad y autoconocimiento.

Volví a emocionarme, pero a diferencia de aquella primera vez, el final me pareció desolador. ¿Cómo sobrevivir al desconcierto que genera un mundo nuevo? ¿Habrà otro con quien contar o será que cada uno debe ocuparse de su propia supervivencia? ¿La vida de ahora en más será gélida como ese espejo?

La demanda que cargué en mis espaldas me trajo cansancio pero principalmente turbación, como a *Svyvato*. Dejé que apareciera el temor, la angustia, la fantasía

(concreta, posible) de la finitud propia y de mis seres queridos. Abrir la puerta de salida de casa es asomarme a una vida sin abrazos, sin cuerpos. A salvo del coronavirus pero lejanos, controlados por el big data, las multas, el vecino delator y nuestro superyó al palo. Hiperconectados a través de una pantalla. O ligeramente cercanos, a dos metros rigurosos, con sonrisas bajo el barbijo y protectores que desdibujan la mirada.

La aceptación de que empezamos a vivir una nueva (a)normalidad es insoslayable. Como todo mundo nuevo, es desconcertante. No hay señales que ayuden a orientarme. Vivimos el ensayo y error ante una humanidad que cae volteada como fichas de dominó. Esos que caen podemos ser nosotros, el de al lado, el de enfrente. La crisis sanitaria trajo consigo una crisis social global que deja al desnudo un sistema capitalista descarnado que pone al planeta al borde de su devastación. Vienen a mi memoria imágenes de manifestaciones culturales, especialmente las películas de ciencia ficción que miraba en la juventud, cuando toleraba mejor los apocalipsis. La cultura es una gran estructura que contiene algo más profundo que el entretenimiento que tan atrapados nos tiene en este confinamiento. Es lo que nos da identidad como seres humanos, una forma de pensar, de sentir, de hablar, de manifestarnos. Es lo que traemos desde los inicios, nuestro presente y futuro. Me pregunto entonces: ¿de qué sirve la cultura en este mundo enemigo de lo humano que nos lleva a colapsar? Tengo que poder reflexionar sobre todo esto pero no sé por dónde empezar.

La cuarentena no deja de ser vivida para nadie como un obstáculo, ese que ahora nos arrincona y nos exige que nos preguntemos por las verdaderas necesidades. Día a día se pone en valor lo que tenemos, lo que falta y lo que sobra. Nos exige también una capacidad de reflexión que me deja exhausta y que me interpela.

Ni siquiera el humor popular, los memes, los videos caseros, la infinidad de ocurrencias culturales hilarantes que atiborran las redes y los celulares nos dejan escapar de las consecuencias del virus biológico.

Tampoco las bellas imágenes de los animales tomando el mundo urbano. ¿De qué hablamos cuando vemos los ciervos paseando por las calles de Japón? ¿Y la porción de cielo prístino que me permite reflexionar con mi hija sobre el universo cuando subimos a la terraza a buscar el horizonte? ¿Y las calles silenciosas, sin consumo y vacías como si fuera un feriado eterno?

No puedo dejar de pensar en el horror que encierra toda esa belleza.

Atrapada en esta nueva realidad. Fascinada decodificando estadísticas, pronósticos, análisis médicos, biológicos. Es de locos, pienso. Me desconozco. Me convierto en creyente de casi todo con tal de encontrar respuestas a lo que se acerca. Lo que veo ante mis ojos es el miedo a perder lo que nos hace humanos. Pero la humanidad que conocemos es la que nos llevó a este mundo distópico que nos aturde con su velocidad. Intento que el desconcierto no me haga descarrillar del todo porque la presencia de una infante de siete años hace que un hilo de cordura y salubridad me sostenga del mejor lado de la vida. La miro y pienso cómo voy a transmitirle que la vida se vive sin miedo. O en tal caso, con fortaleza para afrontarlo. La inquietud de que algo extraño ocurre afuera deja a mi hija con la misma expresión de extrañeza con la que observa su vida social/escolar por Zoom. Intento explicarle. ¿Dónde quedan mis convicciones? Quizás lo adquirido ya no sirva del todo.

Procuro buscar concentración para dedicarme a lo que hago. Pensar en mi “hacer cultural”. Cuento historias, hago películas. Soy eso, me digo. Pienso en Los sonámbulos. Me llevó cinco años gestarla, y esa reflexión sobre una familia en la que dos mujeres buscan la emancipación dialoga con el discurso feminista y la ruptura de modelos patriarcales sin haber sido el punto de partida del guion. Pero “la cultura” está viva, dinámica, nos traspasa tanto en la vida como en todas las manifestaciones creativas. ¿Qué va a pasar con las temáticas que abordaremos de ahora en más? El virus va más allá del virus biológico y deja un manto de problemáticas estructurales a la vista. Ojalá hablemos de eso.



Mi productor me pide que aproveche este tiempo y que escriba un guion. Todo lo que se me cruza por la cabeza se relaciona con la pandemia y me niego hacer una película sobre eso, sin distancia para entender nada de nada. Hay que dejar que sedimente. El hábito de “filmar” no lo pierdo, registro a mi hija casi a diario desde el día uno de la cuarentena. También hacemos entre todos un corto familiar, una excusa para entretenernos a partir de un pedido que viene de afuera. Filmar con un celular y dos veladores te hace volver a foja cero. No tengo casi nada y con eso hay que arreglarse. Me remonto a la historia del cine y hubo experiencias que surgieron de la necesidad y de la ausencia de recursos. También del encierro mismo. El equívoco, creo, es que pensemos que eso es suficiente y que nos intoxicuemos en un futuro cercano con películas que hablen todas de lo mismo. Un brote de registros surgidos de lugares íntimos más o menos similares que tiene la validez de retratar el momento que nos rodea, pero de ninguna manera esa forma circunstancial de validez, garantiza la construcción de lenguaje. El cine exige de una rigurosidad que esta inmediatez no tiene. Y la urgencia de un cineasta por filmar (y no hablo de una urgencia temporal sino del sentido de hacer cine) nada tiene que ver con mantenernos ocupados en la cuarentena.

Por una semana pienso en planos y escenas y me siento lejos del coronavirus. Aprendo, pero tengo plena conciencia de que eso no es obra. Es un pasatiempo.

La ansiedad con la que engullimos cultura está al alcance de la mano con solo tocar el botón ON. Saltamos de link en link, de sitios gratis a sitios promocionales. Abro las claves de mis películas –las digitalizadas porque también soy de la época del analógico y el celuloide– para que todos tengan acceso a ellas. Hay solidaridad y también necesidad personal de los artistas de que las obras tengan una vida por fuera de nosotros. Hay una idea generalizada (¿y democrática?) de que si la cultura no puede vivirse en las calles, puede venir a nuestros hogares. Perdón, no puedo no disgregarme, ¿a las casas de quién? El virus nos trajo el aislamiento, pero no es para todos igual. No todos tienen internet, ni plataformas, ni pantallas. Muchos ni siquiera tienen casa. Me angustia pensar en los millones

de personas que se caen del mapa diariamente. Es difícil seguir pensando cuando la vida y las necesidades esenciales se ponen en primer plano.

Vuelvo. La pandemia nos refugia en modalidades virtuales, pero no imagino que el futuro sea eso.

La cultura es encuentro, ¿pero qué tipo de encuentro será posible? No volver al cuerpo no parece una posibilidad para nadie. El cuerpo es individual pero también es cuerpo con otros ¿O alguien imagina que el cine podrá resolverse con blue screen, con actores y actrices actuando solos/as para juntar sus cuerpos con la magia de la posproducción? ¿Nadie podrá estar a menos de dos metros, tocarse, olerse, besarse, abrazarse, pelearse? ¡No! Escucho a colegas que arriesgan nuevas formas de dirección a distancia. A través de un dispositivo, un director da indicaciones a un actor que está en una locación y que a su vez se ocupa de ejecutar el encuadre que el director le indica desde la computadora. Veo los resultados. Son experiencias, efectivas algunas, pero me generan sospechas. Dudas. Internet está plagada de experimentos en manos de nuevas generaciones que encuentran allí expresiones culturales arriesgadas, pero lo que sean, por ahora ninguna de estas reemplaza al cuerpo.

¿Cómo filmaremos? El cine, como expresión artística, da trabajo a mucha gente. La futura organización de un set quizá sea para pocas personas con muchas medidas de seguridad sanitaria. “Pocas personas” implica menos técnicos trabajando. O muchas más películas para que esos técnicos puedan desarrollar sus trabajos, pero eso es claramente una utopía en una industria rota por la crisis que acarreamos y que se agudizará sin dudas. Si hablamos de cultura, hablamos de diversidad de imaginarios pero también de esquemas de producción: filmar con dos veladores y un celular no debería ser la única herencia que nos deja la pandemia. En tal caso, que esta decisión sea una elección estética. Yo misma pienso últimamente que filmar con poca estructura es donde me siento cada vez

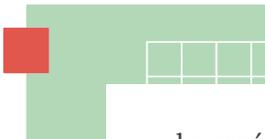
más cómoda, pero no es un parámetro general. Apelo a esta idea, porque se corre el riesgo de que el futuro sea puro darwinismo cinematográfico.

Las organizaciones, las instituciones públicas y privadas, las productoras culturales y los festivales que logren subsistir tendrán también grandes dificultades para reorganizarse logística y económicamente. Ni hablar de los esquemas independientes. ¿Habrán medidas de apoyo extraordinarias del Estado, presente en tiempos pandémicos? ¿Será que las plataformas de streaming y algunos medios que abultan sus bolsillos en esta cuarentena pondrán su tajada para la producción de nuevos contenidos, como debería ocurrir con o sin coronavirus? ¿O el mecenazgo se afianzará, dándole a la producción cultural el verdadero valor más allá de su rendimiento económico? ¿Y los festivales de cine que se unen bajo el lema *We are one* sobrevivirán como idea de cooperación permanente?

La pandemia nos interpela para resolver temas de siempre que quedan al desnudo. Sumo otros: la educación audiovisual (cultural), la construcción de audiencias, la protección del patrimonio, el acercamiento de la cultura a nuevos públicos.

Mientras enumero, pienso en el destino del filme que tengo a medio hacer, detenido entre las ideas del músico varado en México y el sonidista sin estudio de mezcla. Esta película, cuando pueda salir de su cuarentena, ¿cómo será exhibida? No fue gestada para que su vida transcurra en un monitor o en una pantalla de celular de 5.5 pulgadas. La plataforma implica no solo una transformación en la difusión, sino de lenguaje: un gran plano general de mis dos actrices filmado en un descampado pampeano, ¿qué sentido tiene en un teléfono móvil? Tendrán el tamaño de una miga, reflexiono. Pensar para la pantalla grande, la pantalla chica o el celular nos obliga como realizadores a narrar de forma distinta.

Las siamesas tendrá que esperar a la fase 5, 6, o ¿cuál? ¿Cuando la gente supere el miedo a sentarse junto a un desconocido –y si sus finanzas lo permiten, claro–



la verán quizás en algún reemplazo de un espacio cerrado? ¿Vuelven los autocines? ¿Vuelven los anfiteatros? ¿Y el resto de la cultura? ¿Vuelven los recitales al aire libre en grandes predios pero ahora para pocas personas convirtiéndose en exclusivos? ¿Y los museos? Quizás haya largas colas para entrar solo de a puñados a disfrutar las exposiciones sin tener que esquivar la cabeza de nadie.

¡Qué pavada!, me digo. En tal caso todas estas serán medidas de emergencia. Ya volverá el olor a encierro de la sala de cine, los susurros de la fila de atrás, el pochoclo nauseabundo y el aire acondicionado que te hace buscar el calor del cuerpo vecino.

Cualquiera de las opciones que imaginemos, evidencian que no pueden robarle a la cultura su dimensión social, de encuentro presencial. Será distinto, pero colectivo. Hoy la virtualidad reemplaza la realidad del afuera pero también nos pone en evidencia su falta. SOMOS individuos con ese exterior que nos hace interactuar y nos da identidad. En la pospandemia habrá una convivencia entre ambas como viene sugiriéndose desde antes del coronavirus. No podemos adivinar el futuro ineludible. ¿De que serviría?

Si lo más importante es este viaje de ahora y para adentro de nosotros mismos. Podemos capitalizar esta experiencia: la personal y la colectiva. La del cuerpo individual y social. La del recupero de la construcción solidaria, en conjunto. Todo esto va entrelazado y no disociado como piezas sueltas de un rompecabezas. El valor que le damos a la cultura hoy debería sostenerse cuando salgamos de las casas. Roguemos por que esas acciones nobles no queden desteñidas por la lavandina. Me lo repito a diario porque mi lado fatalista resuena como un susurro lúgubre: vamos a volver más o menos a lo mismo, el olvido de las experiencias traumáticas es a veces el mecanismo para sobrevivir. Me entristece alojar en mí este último pensamiento... ¡Plufff!

Se me acaba la batería de la computadora y la pantalla va a negro. En mi reflejo adulto veo a *Syvago*. En el tiempo que me toma volver a encenderla, la incerti-

dumbre que me atraviesa me recuerda algo conocido: la edición de una película. Juntar piezas, armar y atreverse a desarmar cuando suponemos que la película está finalizada. Es angustiante pero hay que atravesarlo. Saber perder o resignificar cada plano o escena, valiosos en sí mismos, pero que no encajan en la totalidad del relato. Es el camino para llegar a un equilibrio narrativo.

Quizá desde un florecimiento individual, que incluya también el renunciamiento, podamos pensar en un nosotros, un nosotres, que forme un colectivo más equilibrado y justo. Quizás así sobrevivamos al horror que asoma en cada uno. Ojalá que al hacerlo haya progenitores, que haya Estado, que haya comunidades solidarias, que haya pares, que haya otros a quien podamos acompañar. En definitiva, que no estemos solos.

Porque esta historia... continuará. ♦